

pretenden perseguidas, y querrían reconquistar el terreno perdido, en nombre de la «libertad», etc. Y para ellas se han hecho los *Programas liberales, conservadores, nacionalistas*, etc.

Gentes hábiles han sabido condensar todas estas diferentes aspiraciones en un determinado número de «principios», apoyados y reforzados con sabias consideraciones económicas, jurídicas, históricas, etc., aspiraciones que forman otros tantos cuerpos de doctrina, apropiados lo más exactamente posible al estado de espíritu de las diferentes clases de la sociedad.

* * *

El candidato, no tiene pues, otro trabajo que el de escoger el programa más conforme con las aspiraciones de sus electores, aunque, en verdad, esto no es siempre cosa fácil, pues en una misma circunscripción hay a la vez obreros, campesinos y burgueses. Entonces hay que apresurarse a confeccionar un programa *pisto*. Se promete, por ejemplo, la socialización de los medios de producción, pero jurando al mismo tiempo que se respetará la pequeña propiedad del campo. Si se quiere alcanzar los votos de los radicales, se declara que la República social debe ser ante todo redimida del obscurantismo clerical, y si, por el contrario, hay necesidad de los votos reaccionarios, se afirma que el anticlericalismo es sólo una *desviación*.

Sin duda que todo esto no es muy lógico, y que en un mismo programa hay muchas afirmaciones que se dan de cabezadas. Pero ¿qué importa? Los electores no paran mientes en cosas de tan poco bulto. Cuanto más variado sea el *menú*, más seguro estará cada cual de encontrar un plato de su gusto.

Jamás los electores de buena fe se pararon a considerar hasta qué punto estas cuestiones de principios son indiferentes a los candidatos.

Yo conocí a un negociante riquísimo que tenía precisión de un acta de diputado para el buen éxito de sus asuntos personales. Se presentó pri-

mero en el Norte con el carácter de conservador; derrotado, supo que había una circunscripción vacante en Bretaña, y se apresuró a presentarse candidato por ella. Como tenía muchísimo dinero y grandes influencias, los jefes del Comité le incluyeron sin trabajo en la lista de candidatos. Desgraciadamente este Comité era radical, y uno de los que lo formaban, bravo militante honrado, pero cándido, que se había enterado del pasado del candidato en cuestión, creyóse en el deber de hacer algunas reservas. «No sabemos—le dijo—si usted será todo lo radical que nosotros queremos.»

«¡Eh, mi amigo—contestó el futuro diputado—, *seré tan radical como sea necesario!*»

En efecto, durante toda la campaña electoral, este antiguo conservador habló de la separación de la Iglesia y del Estado con tal entusiasmo y tal calor y con tanta «convicción», que fué elegido, y sigue siendo hoy todavía uno de los que forman el partido radical.

* * *

He aquí ya a nuestro hombre hecho diputado, gracias a su «programa». Como quiere ganar dinero y hasta si se puede llegar a ser ministro, necesita obtener una «ponencia», pequeña primero, luego una de mayor importancia, de aquellas que «traen algo».

Por desgracia, éstas no abundan, y los concurrentes son muy numerosos.

Entonces se asocia con una veintena o cincuentena de otros diputados, elegidos por un programa poco más o menos como el suyo. Todos en junto forman un *grupo* y nombran presidente, vicepresidentes, secretarios, etcétera, a antiguos ministros que quieren volver a serlo. Todos se prometen mutua solidaridad y obedecen a una estrecha disciplina. Votan siempre en conjunto sobre todas las cuestiones importantes, sostienen al ministerio que les concede favores y acechan ante todo el momento de derribarlo para subir ellos al poder. Si lo logran, los